

LA FELICIDAD DEL HOGAR



CUADRO EUSKARO

Dichoso hogar el que con amor, salud, trabajo, y lo preciso para la existencia tiene lo bastante para constituir la felicidad!

«Lo necesario nunca falta al hombre laborioso, ha dicho Franklin, el hambre llama á su puerta pero no se atreve á entrar.»

Para los pobres leñadores que vuelven a su choza á la caída de la tarde, rendidos de fatiga de la labor de todo el día, el descanso comienza al anochecer al rededor del blanco mantel de su pobre mesa coja.

Los niños acogen con manifestaciones de júbilo la llegada de su padre y la modesta cena que vislumbran.

Mientras el marido prepara las provisiones, la *echeko-andre* enciende el fuego y trata de calmar la impaciencia de los chiquillos hablándoles de la primavera que se acerca y que hace brotar de entre el césped en los bosques las florecillas perfumadas.

—«Pronto, les dice, Dios hará madurar las fresas y florecer los frutales, los pajarillos cantarán hasta la hora de las estrellas, y el sol invadirá con sus fuertes rayos lo más tupido de la selva.»

Y á la mañana siguiente, desde el amanecer, se siente el eco de los golpes del hacha del leñador anunciando la eterna faena, y la leñadora ayuda á su esposo haciendo atados con las ramas que va reuniendo, y los niños, ágiles y contentos cual alegres pajarillos, corren al lindero del bosque con las manos llenas de las primeras violetas de la primavera que se aproxima.

La zozobra é inquietud de tantas pasiones como se agitan en las ciudades no pueden franquear el umbral de la pobre morada del leñador, en la que la vida se desliza como las estaciones en que solo á Dios es dado disponer cuándo han de ser buenos y malos los días.

No llegan á la choza las terribles emociones del alza y de la baja, ni hay que luchar contra las mil tentaciones del lujo, de la vanidad y de la envidia, y el buen sentido, el hábito del trabajo y una sincera y mutua afección más que el alejamiento de los pueblos, es lo que protege la felicidad del humilde hogar del leñador.

La falta de prudencia y moderación lo mismo en el campo que en la ciudad pueden ser causa de ruina. La mísera taberna como el ostentoso hôte! se levantan ó caen según quien los dirige.

ALFREDO DE LAFFITTE.

LAS VIDAS DE NUESTROS PESCADORES

Contrista el ánimo ver la frecuencia con que se repiten en nuestro litoral los naufragios de embarcaciones de pesca, y las innumerables víctimas que ocasionan, siendo esto tanto más doloroso cuanto que en la mayoría de los casos, con poco esfuerzo, pudieran evitarse.

Dos tristísimos hechos recientemente ocurridos en costas diametralmente opuestas de nuestra Península, y de distintas condiciones, vienen á comprobar nuestro aserto.

En la madrugada del 19 del corriente, una trainera de San Sebastian, tripulada por uno de los mejores patrones de aquel punto, Luis Carril, muy conocido por haber triunfado en varias regatas, y doce de los bravos marineros del Cantábrico, se hizo á la mar para emprender las faenas de la pesca; al regresar al puerto como á la una de la tarde y á distancia de nueve ó diez millas, una racha de viento hizo zozobrar á la trainera, y aquellos intrépidos marineros, luchando con las olas, fueron perdiendo fuerzas y uno á uno desaparecieron del mun-